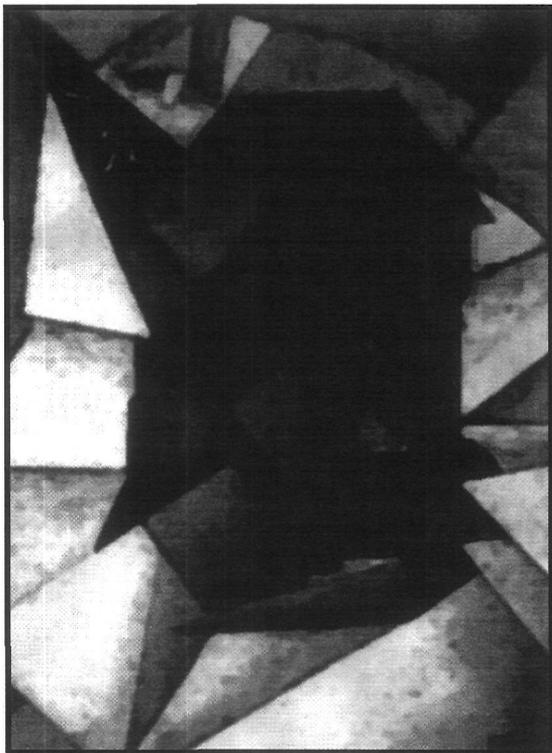


FENOMENOLOGÍA

MORFOLOGIA DE UN ASILADO AMNÉSICO

JOSÉ SILES GONZÁLEZ

Enfermero y escritor, miembro de la Asociación Colegial de Escritores de España



Juan Antonio Tajuelo López.

Alumno de la Facultad de Bellas Artes de la UMH. Altea.

Mientras removía el brebaje impulsando los giros del cucharón de madera para pautar a empujones los sonoros compases que amenizaban el recargado ambiente de la estancia merced las gárgaras con las que el sacristán intentaba desatascarse la garganta, el obispo levantaba de vez en cuando la testa empapada en gotas de vapor recién condensado para vigilar desde el hogar de la sala de fiebres cómo el vicario trazaba la señal de la cruz en la frente del moribundo. El vaho del puchero se esparcía abarrotando la agobiante atmósfera de la estancia, disgregándose en nubecillas tan deletéreas como el espejismo de aquella memorable longaniza

vislumbrada por toda la comunidad (menos el obispo que, a la sazón, se encontraba con su borrico en viaje de limosna) en pleno cenit de la última epidemia de hambre que durante los cuatro últimos meses del pasado año había mantenido en constante asedio a la plaza. El sacristán escupió la tanda zaguera de una armoniosa serie de gárgaras sobre la bacinilla y se acercó a respirar la bruma benigna del puchero. "¿Conoce vuesa merced al menos la naturaleza de ese pobre desgraciado?" inquirió el ayudante enano del rector de la capilla del hospital moviendo el hirsuto bigotillo que cruzaba su labio superior intentando inútilmente unirse al resto del desaguisado capilar: pelusilla sin forma ni consistencia orlando su barbilla afilada la cual, encapotada bajo la planicie prominente en la que se resolvía su frente, resaltaba todavía más el desamparo de aquel rostro menudo y chato. "Ni la naturaleza ni el don, sólo se sabe de él que oficiaba de artillero antes de ser desembarcado por los de la escuadra de Su Majestad don Felipe (el segundo del mismo nombre) no hará más de un par de semanas con unas fiebres muy espigadas y resistentes" dijo afligido sin dejar de girar el cucharón de madera mientras miraba hacia el lugar donde se encontraba el rector quien, para mayor holgura en el ejercicio de su ministerio, mantenía a duras penas la forzada genuflexión apoyándose con los codos en la abultada barriga del moribundo. Se trataba de un cura regorduelo con una nariz aguileña que le escindía en dos un semblante que no reflejaba muestra alguna de la austeridad de la que tanto solía ufanarse en sus sermones. El obispo sabía que no podía despistarse, tenía que seguir paso a paso cada uno de los puntos de la receta para llevar a buen fin la elaboración de aquel bálsamo prodigioso: una pócima a favor de la vida de los heridos de puñal, espada y palo. Miró en el interior de la marmita para comprobar el grado

de espesor del emplasto: todavía no alcanzaba el rango de cataplasma. Siguió centrado en su labor sin que ello le impidiera continuar la charla con aquel enano charlatán que ejercía de sacristán del Establecimiento.

"¿Qué tal va la empresa?" le inquirió el enano. El obispo enhebró la empuñadura de la cuchara en el lazo de una maroma, tal y como los marineros dejan reposar los remos en los toletes cornudos de sus botes, arrimó un taburete a las proximidades del caldero teniendo la precaución de mantenerlo fuera del alcance del fuego, y le instó a que lo comprobara por él mismo. El sacristán, acostumbrado a la galantería del obispo, se encaramó sin pensárselo dos veces asomando la testuz en la misma boca de la olla y se embelesó tanto con la tórrida fragancia expelida por el mejunje que acabó con toda la pelusilla aplastada por el espesor de la humedad en su rostro congestionado y chorreante..

"Primero lo ingresaron en la sala de fiebres, luego, cuando empezó a convulsionar, en la de sífilis. Tras dos días seguidos sin parar de berrear y bregar con las correas se aplacó (no se sabe si bajo el efecto de unos jaropes que hervimos en este mismo caldero o por suyo natural) y finalmente, cuando engañados por una falsa mejoría pensaron que había hecho crisis, lo llevaron a la sala general esperando que mejorara, pero no lo hizo" dijo el obispo. "Se palpa por la severidad del proceso que tuvo que ser una infiel la culpable de que el mal penetrara en su cuerpo y, éste, sin duda, se lo transubstanció al alma, pues casi siempre -según tiene sentenciado el vicario- suelen suceder de esa manera estas desgracias" afirmó con severidad el sacristán bajándose del taburete para coger un paño que usó para secarse sus facciones menudas mientras se encaminaba hacia la cama donde el vicario ultimaba al moribundo.

"Finalmente lo volvieron a traer aquí, al rincón que en este sagrado hospital de San Juan dedicamos al tratamiento de las fiebres. El pobre, en menos de dos semanas se ha recorrido todas las dependencias de la Casa", exclamó el obispo alzando paulatinamente la voz conforme el enano se alejaba del radio de acción del caldero. Luego, cuando hubo terminado de pormenorizar el trasiego experimentado por el moribundo a través de las distintas salas del

Establecimiento, el obispo se agachó, desató el nudo que mantenía cerrada una bolsa de tela negra que yacía en el suelo en las inmediaciones del fuego, rebuscó entre los distintos objetos que contenía y extrajo dos ramitas de romero para verterlos en la cocción. Los filamentos de la planta medicinal no tardaron en deshacerse mansamente en un remolino que hizo girar sus fragmentos disgregándolos en círculos concéntricos. El enano, después de cerciorarse de que el vicario había acabado de sacramentar al artillero agonizante de la Armada de su Majestad Don Felipe (el segundo del mismo nombre) desanduvo sus pasos y volvió a encaramarse en el taburete asomando la cabeza para inhalar del mismo meollo del vaho. Sintió la quemazón de un río de lava atravesándole el estrecho canal que cruzaba su pecho hasta desbordarse colmándole de un rubor turbio aquellas facciones heredadas en antediluviana instancia mediante invirtuosa coyunda -a todas luces extrasacramental- de una libidionosa pareja de enanos de feria que hacía casi cuarenta años habían paseado valerosamente por la ciudad su osada pericia en el arte de burlar vaquillas con trapos no más grandes que aquel paño con el que se acababa de secar la cara. "¡Cuidado que ya levanta el vuelo el cuervo!" le dijo el obispo al sacristán que permanecía imbuido entre los vapores medicinales del caldero. El vicario se acercó describiendo pequeñas curvas hasta el hogar y después de lanzar un par de sonoros eructos que fumigaron la sala de fiebres con el inconfundible tufo del vino de la sacristía (un tinto de Jumilla de no menos de dieciséis grados), le dijo al sacristán, articulando dificultosamente las palabras, que se bajara del taburete antes de que le pasara cualquier desgracia: "Vuesa merced no alcanza a comprender el riesgo que corre mientras continúa ahí subido expuesto a las veleidades de esa humefacta calentura del diablo que le atraviesa justo por toda la testa...ya verá ya, como. ¡El Santísimo no lo quiera! extravíe el equilibrio: cocido de enano al obispo. Ande, ande y avise al cocinero antes de que sea demasiado tarde para ese pobre hijo de Dios" le ordenó el vicario al sacristán que se mantenía embelesado al mor del fuego sin mostrar la menor intención de apearse de la peana en la que se hallaba erigido. Se sentía encima de aquella banqueta muy por encima de sí mismo, cómo si su emparvecida complexión hubiera dejado de constituir un obstáculo para observar a sus se-

mejantes de igual a igual con esa identidad equivalente que sólo otorgan las miradas proyectadas desde niveles paritarios y que lo hacen a uno capaz de nadar en la uniformidad del género humano como uno más de la especie.

"¿Estima vuesa merced necesario malgastar un caldo tan rico con tan poco tino. Si ya está el pobre más del otro lado que de este, no será pecado malbaratar la sustancia inmutable y reparadora de la madrina del corral?" protestó levemente el sacristán intentando disimular con su celo en pro de los bienes del santo hospital lo difícil que se le hacía volver a contemplar a los demás con la nuca doblada sobre la espalda so pena de vislumbrar, la mayoría de las veces, poco más arriba del final de las pantorrillas. El rector le lanzó tal mirada que no se prolongó la discusión apeándose por fin el sacristán del taburete con los pelillos de la barba encharcados y el rostro abochornado por una plétora tal vez más tributaria de la discusión que del vapor. "Siempre les dan lo mismo en la víspera del último viaje, al sentirles el aliento postrero. Caronte debe pensar que sus pasajeros siguen todos una misma y rigurosa dieta" dijo el obispo avivando el fuego del puchero con un fuelle. El vicario, que, exhausto, se había aposentado del taburete abandonado de tan mala gana por el enano; le habló entre jadeos al obispo diciéndole que ya estaba bien de preparar tanto brebaje y que no descuidara tanto su especialidad que consistía en recolectar bienes para la institución que los tenía a todos recogidos y a buen recaudo de las desgracias que asolaban al mundo: "ya sabe vuesa merced, que aunque obispo de pega no es tonto, que de los muros de este santo hospital para dentro no existe sequía, ni hambre, ni tan siquiera peste, que venga dispuesta a cebarse en cualquiera de nosotros" dijo el vicario mordiéndose la lengua cuando se le vino a la cabeza la longaniza vislumbrada por toda la comunidad (menos el obispo que, a la sazón, se encontraba con su borrico en viaje de limosna) durante la última epidemia de hambre. "Claro que a veces -dijo carraspeando- solemos compartir algunas penalidades, al fin y al cabo también formamos parte de la gran comunidad municipal" dijo intentando remendar los estragos provocados por el recuerdo del embutido en un momento tan inoportuno (a menudo padecía ese géne-

ro de inconvenientes cuando sermoneaba a sus fieles). El obispo, adiestrado en la obediencia a aquella voz con acento perpetuo a púlpito recién espolvoreado en nubes de incienso, asintió. Llamó al cataplasmero mayor -al cual trataba como a un simple pinche- y le cedió el puesto al frente del puchero con la disciplinada parsimonia de un cambio de guardia. En el transcurso de la formalización del relevo le dio las últimas instrucciones. Debía seguir cada uno de los puntos señalados en un cuadernillo que su memoria había rescatado milagrosamente de otra época de su vida: era de lo único que era capaz de acordarse. El tratado entero rezumaba prescripciones y detalles de los que era imposible desentenderse si se quería obtener el milagroso bálsamo del obispo (al que todos respetaban a pesar de su locura). Según podía colegirse de las primeras líneas del manuscrito, debía utilizarse un puchero vidriado como el que en ese momento removía el cataplasmero mayor. En él se colocaban dos onzas de pez griega, igual cantidad de pez común, de trementina fina y de resina de pino, dos onzas de cada simple y la misma cantidad de cera amarilla de romero. Todo ello debía licuarse a fuego lento. Una vez líquida la mezcla, resultaba preceptivo añadir, lentamente, media onza de polvo de lombrices y una onza de aceite de pericón. Luego había que manipular la mezcla durante dos horas con vinagre y una vez transformado el cerato y con el fin de asegurar su duración durante varios años, se debía colocar en pequeños trozos en una olla llena de vinagre bien tapada con dos pliegues de papel de estraza sostenidos por una cuerdecita "de ese modo se guarda tres, cuatro y hasta seis o más años". El obispo aconsejaba encargar el polvo de lombrices a un labrador: "Que las recoja de cerca de las raíces de las carrascas, pinos o robles; nunca de las orillas ni intermediaciones de ríos o lagunas. Una libra de ellas y antes de muertas se han de meter en medio cuartillo de vinagre donde hace un movimiento extraordinario y mueren ahogadas. Se lavan dos veces cambiando el vinagre para luego, en un pucherito vidriado y con papel de estraza, exponerlos al amor del fuego por tres o cuatro días hasta que quedaran tostadas las lombrices. Después se pican pasando el polvo a la mezcla y, tras amasarlo hasta licuar los grumos, queda dispuesta la sustancia para ser aplicada a la herida, siempre sin lavarla".

En aquel Santo Hospital todos trabajaban en equipo, de manera que cada uno, por humilde que fuera su condición, tenía una misión y era responsable de su cumplimiento: el sacristán, además de asistir al vicario, se encargaba de medir el tiempo. No tenía más que ir a la capilla, subirse al taburete para alcanzar la cuerda que colgaba de lo alto del campanario y hacer repicar las campanas; de manera que el enano era el que se ocupaba de recordar a los demás lo que tenían que hacer a cada hora del día. Los monjes, los enfermos y el escaso personal contratado: un contable (antiguo capitán de infantería convertido en eunuco por actuar con la gallardía que de él se esperaba en Lepanto); una gobernanta (a quien las malas lenguas atribuían la locura cuyo sino mortal había precipitado el fallecimiento del antecesor del actual rector); tres enfermeras (dos mujeres de dudosa condición y la hija de una de ellas); un enterrador (que había heredado oficio y empleo de su padre); varias nodrizas (que tenían subvencionado su licor lácteo por el municipio para atender los expósitos lactantes); una costurera (tan anciana y ciega que le daba lo mismo remendar las prendas en la más completa obscuridad: cosía de oído); y, por último, Jerónima, la partera (decana entre las mujeres de su arte, que, a sus noventa y siete años había asistido a veinticinco mil quinientos veintisiete partos). Pero, a pesar de la diversidad de tareas realizadas en el Santo Hospital, todos sabían que, por encima de todo, aquella era una institución religiosa; por eso el sacristán hacía sonar las campanas siete veces al día recordando que había que interrumpir las labores que se estuvieran haciendo para dirigirle la palabra y el pensamiento a Dios. Las campanas del Establecimiento regido por los hermanos de San Juan de Dios repicaban siete veces al día fragmentando la jornada en siete tramos bien diferenciados, regulando, en el transcurso de los mismos los matices de las oraciones. El nivel de recogimiento iba "in crescendo" conforme declinaba el día: salmo de desperezo, oración de desayuno, plegaria de laboradores, letanía procontención y justa de lances inhibitorios, responso a la hora de la comida entre un murmullo producido por el batir de platos, cubiertos y sorbetones apresurados de sopa caliente resonando bajo la bóveda de un rectorio apenas iluminado (las vidrieras plomizas habían sido destruidas en la última revolución y las aperturas al exterior se habían rellenado con piedra

y argamasas) por la tenue luz de una rueda de carro que colgaba del alto techo abovedado armada con una docena de velas (de las que se encendían sólo un tercio), un quinto del viacrucis pendiente (la vispera) de reflexión taciturna y, por último, el santo rosario que despedía el día: cena y recogimiento entre misterios y "ora pro nobis". Pero a pesar del refugio que proporcionaba la oración dentro de aquel recinto, en el exterior, la fiebre de la desesperanza se cebaba cada vez con más insistencia en un solar nacional plagado de llagados, pícaros, hambrientos y ociosos, cuyo único común denominador era el listón del que todos colgaban -como pendiendo de un mismo cordón umbilical- la percha haragana de la melancolía y la aflicción por un pasado de grandeza borrado del horizonte para siempre.

Tal vez por eso, en aquel Establecimiento - Santo Establecimiento- los pobres de solemnidad sospechosos de comportamientos poco cristianos (no mostraban claramente su agradecimiento a Dios por su situación privilegiada respecto al dogma: "bienaventurados los pobres...") se veían forzados a cantar alabanzas festejando hasta las irrigaciones con las que los monjes les regalaban para gratificarles el ánimo y sonreían cuando les baldeaban sus escualidos cuerpos con agua fría siete veces al día.

"Son como animales endemoniados, si no fuera por la hidroterapia acabarían matándose entre ellos" dijo jadeando el sacristán que había vuelto corriendo desde el campanario (acababa de tocar la sexta llamada a la oración del día) para poder contemplar los efectos inmediatos de aquel tratamiento de choque que tanto beneficiaba a los allí ingresados. "Sí, ahora que están más relajados les hará más provecho el santo rosario" dijo el vicario que había bendecido hacía más de veinte años las gélidas aguas del aljibe que abastecía a todo el Establecimiento (una cisterna construida por los árabes con una capacidad de más de diez mil cántaros, suficiente para toda la ciudad) mientras observaba cómo el obispo se volvía a embutir en su hábito púrpura después de recibir, como uno más de los dementes de la Casa (la pobreza derivaba indefectiblemente en locura, iluminación o delincuencia, siendo incluso posible que el interfecto acumulara esas tres condiciones e incluso alguna más propinada por el legado transmitido por su propia pro-

sapia, una estirpe históricamente acomodada en toda suerte de calamidades), su tanda correspondiente de agua helada. "Tome vuesa merced y dése prisa que se le hace tarde para su salida de limosna" le dijo el sacristán anudándole la cuerdecilla alafranada que utilizaba para ajustar el hábito obispal a su cintura.

II

El obispo sacó de la cuadra el borrico, le colgó el collar de cascabeles aliñado con campanillas forradas en hilo con los colores del escudo del Santo Hospital y cubrió su lomo con unas alforjas de paño desgastado. Cogió el báculo, un garrote con la punta superior retorcida como una pesadilla mordiéndose la cola, y cruzó el patio tirando del jumento sin dejar de apoyarse en su cayado. Cuando el enano le sostuvo el báculo después de abrir el portón, el obispo se encaramó dificultosamente en el lomo del borrico. Nada más salir del hospital por la puerta que daba a la calle del Aire, una muchedumbre maloliente y espesa de críos y mendigos lo rodeó dispuesta a seguirle en solemne procesión. "Ya viene el obispo loco, ya viene el obispo loco....De lo mucho que vuestas mercedes tengan sólo pido que me provean un poco" repetía cansinamente el obispo mientras el decrepito borrico avanzaba lentamente abriéndose paso a duras penas entre el marasmo de desarrapados, ciegos, enfermos, mutilados de diversas suertes y jovencillos pícaros patrocinados por caporales que sólo podían pagar con cuotas alícuotas de su miseria -a la que eran adictos- el apoyo interesado de sus cada vez más codiciosos asistentes. El conjunto -obispo limosnero y pedigüeños transformados en donantes en lance de trocar menudencias por milagros- se saldaba componiendo una corona de mendicidad compartida cuya simetría era imposible de superar por otra realidad que no fuera aquella: el falso obispo a horcajadas sobre el lomo de su locura tejiendo la farsa lacrimosa de la indigencia que lo acucia dispuesta a suscitar, una vez más, la limosna (aunque lo ignore); la locura a horcajadas sobre el lomo del obispo lagrimeando la farsa tejida de la limosna que lo acucia dispuesta a mendigar, una vez más, la suscitación de la indigencia (aunque lo ignore).

"Ya viene el obispo loco, ya viene el obispo loco, de lo mucho que vuestas mercedes tengan sólo pido que me provean un poco" seguía repitiendo el jinete perseguido por una chiquillería que, encelada en su labor artillera, no cesaba de tirarle piedras mientras alguno de sus miserables amos proclamaban a gritos sus peticiones: "Obispo de los expósitos, obispo de los expósitos, acuérdate de nosotros y reza para que vuelva a llover como Dios manda!"; "Sí, sí, mucho mendigar y pedir por los pobres y enfermos del hospital, pero nosotros ni siquiera tenemos agua " se oyó la voz ácida de un viejo con los ojos vendados que caminaba apoyándose en un niño; "Sí, moriremos de sed, y los curas tienen para ellos solos toda el agua del aljibe" protestó alguien dejando escapar su voz agria entre la muchedumbre; "Ya viene el obispo loco, ya viene el obispo loco....De lo mucho que vuestas mercedes teng.."; "¡Calla falsario, loco, que sólo eres un maldito endemoniado" vociferó de nuevo el ciego que se apoyaba en el niño con las yugulares palpitando de cólera.

"Obispo de los llagados, necesitamos más trigo y nos sobran las sisas" le gritó un aparcerero recién arruinado que aún no se veía a sí mismo investido con las rigurosas carencias de la indigencia.

Pese a todo la comitiva seguía avanzando muy lentamente, pero al enfilarse la calle del Cañón la turbamulta empezó a apartarse retirándose a los flancos del camino, dejando expedita la calzada y envuelta en un silencio apenas mitigado por el impacto en el empedrado de los cascacos del jumento y el tintineo de unas campanillas cuyo sonido no era, si tan siquiera remotamente, parecido al de las dicharacheras campanillas del borrico del obispo. "¡Obispo loco, obispo loco, toma un mendrugo y pide por mi curación o por mi salvación eterna!" exclamó un hombre con el cuerpo enrollado en vendas que no impedían, empero, vislumbrar los efectos de la lepra (no le costó abrirse paso: la multitud se había escindido como el mar ante el paso de Moisés). "¡Obispo loco, toma este maravedí y reza para que vuelva a mi amo un rastro de luz!", imploró un joven andrajoso intercediendo por la vista del ciego que apadrinaba sus primeros escarceos en el circuito de podredumbre que empozoñaba el am-

biente de las ciudades del reino. Al llegar a la calle Mayor, frente al ayuntamiento, el cuadrúpedo dio rienda suelta a un súbito y abundante desahogo de tripa dejando a su paso un caudaloso rastro de moñiguería poco hecha. El lazarillo, descontento con el estipendio que le pasaba su amo, pues apenas le daba para el sustento diario (a base de mendrugos y la sopa del cenobio más propincuo), guió al ciego hasta hacerlo caminar por encima del rastro de muñigas frescas hasta que el infortunado, enfangado hasta las ingles, se percató de la cruel venganza perpetrada por su criado; fue entonces, cuando, enarbolando la vara como un poseso la hizo girar a su alrededor con todas sus fuerzas mientras vagaba errático y con el instinto de ciego de rancia solera disminuido por un acceso de cólera que, si bien enaltecía la bilis, acrecentaba la flatulencia y producía la erección impetuosa del ánimo disparándolo en todas direcciones -como la vara- sin prevenciones de ningún género; no resultaba, empero, compañera propiciatoria del sentido de la orientación ni de otros anejos que requieren mayor dosificación. En medio de aquel desbarajuste quiso el destino que el pobre ciego, en su torpe deambulación, sólo escuchara las palabras del obispo: "Ya viene el obispo loco, ya viene el obispo loco de lo mucho que vuestas mercedes tengan sólo pido me den un...". No pudo terminar la frase, pues sus palabras funcionaron como un imán atrayendo al ciego y cayó fulminado víctima de un bastonazo magnetizado por el ansia de venganza.

III

A duras penas podía escuchar las palabras que le susurraba aquel pájaro negro agazapado sobre su almohada: ¿Acaso rezaba por su alma?, ¿quién podía atreverse a rezar plegaria alguna por el obispo sin su consentimiento? Se desmayó creyendo oír las oraciones de Jerónima la partera, que seguía dando vueltas alrededor del puchero manipulado por el cataplasmero mayor mientras acunaba entre sus brazos nonagenarios al recién nacido veinticinco mil quinientos veintiocho (parido por una refugiada anónima). Cuando el obispo recobró la conciencia inhaló el hervor reconfortante de un preparado que le resultaba familiar: "Tómese vuesa merced este caldito de gallina y verá lo bien que le

sienta" le dijo el sacristán empinándose sobre el lateral del camastro para alcanzarle el tazón mientras el vicario se agachaba para intentar escuchar la respuesta del obispo. "Están vuestas mercedes desbarrando porque no me siento en modo alguno con ánimo de agonizar y no quisiera que se malgastara ese caldo que es patrimonio de moribundos" musitó el obispo loco con un hilillo de voz apenas perceptible y volviendo a su plácida letargia apenas pronunciadas tales palabras. Sin embargo, algo molesto tuvo que notar aquel desahuciado cuando, al recobrar un rato más tarde la conciencia y encontrarse al vicario rezando arrodillado con los codos clavados en la boca de su estómago, más súbdito del delirio que del sentido común del que deben hacer gala los mortales, sacó fuerzas de flaqueza y empezó a clamar como un poseso hasta que logró espantar de su lado aquella ave de mal agüero que le cortaba la respiración. Poco después volvió a salir efímeramente del sopor para testimoniarle al cataplasmero mayor su negativa a que se le untara su mal con el bálsamo (idóneo para su daño: a favor de los heridos de espada, puñal y palo) que había preparado siguiendo escrupulosamente las consignas prescritas por él mismo, como un alma que se niega a ser absuelta por mérito devengado de sus propios pecados; de manera que, el obispo, reacio a tratamiento alguno, ya fuera éste de naturaleza espiritual o corporal, fue debilitándose tan lentamente como el trote cansino de su borrico: iba cayendo calle del cañón abajo, vestido con su hábito púrpura y con su báculo, rodeado de pordioseros que lo aclamaban y le pedían milagros a cambio de limosna: "Ya viene el obispo loco, ya viene el obispo loco....De lo mucho que vuestas mercedes tengan sólo pido me den un poco" fueron sus últimas palabras antes de sumirse en un sueño profundo del que jamás regresaría. A la mañana siguiente, en el oficio, además de pedir por su alma y por la del artillero de la escuadra de su Majestad don Felipe (el segundo del mismo nombre) fallecido unas horas antes sin que nadie llegara a conocer su don ni su naturaleza, ni cualquier otro dato; todos lloraron por la irreparable pérdida del mayor recaudador de limosnas que jamás había tenido aquel Santo Hospital.

